

2.º Domingo de Pascua B



**En el grupo de los creyentes
todos pensaban y sentían lo mismo.
Ninguno pasaba necesidad. (Hch 4,32.34)**

Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 4,32-35

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor.

Todos eran muy bien vistos. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

Segunda lectura

1 Juan 5,1-6

Queridos hermanos y queridas hermanas: Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a Aquel que da el ser, ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Y ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe; porque ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre: y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

Evangelio

Juan 20,19-31

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: – Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: – Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: – Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, unos de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: – Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: – Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: – Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: – Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: – ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: – ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Meditación

La resurrección es un acontecimiento estrictamente sobrenatural. Nada tiene de particular que no todos los discípulos estuviesen convencidos de ella. Juan nos ofrece un ejemplo concreto, el de Tomás, que se convierte en el paradigma del que exige pruebas evidentes para creer. ¿No es una paradoja? Al menos en el cuarto evangelio sí lo es.

Modelo de incredulidad y de fe. Es la confesión más adecuada de la fe, que encontramos en el cuarto evangelio: "Señor mío y Dios mío". El Antiguo Testamento reservaba estos dos títulos a Yahveh. En esta confesión de la fe que hace Tomás, el lector del evangelio comprenderá la peculiar relación de Jesús con el Padre. La confesión de fe de Tomás es la auténtica confesión de fe del creyente. Y los creyentes lo hacen sin las exigencias de pruebas evidentes. Por eso Jesús les declara bienaventurados.

Cristo, el Resucitado, está entre nosotros. Acompaña, con su poder, la marcha de la historia. El Señor está presente en la comunidad de los creyentes, en la Palabra de Dios, en el servicio fraternal, en el ministerio y en la Eucaristía. A veces nos falta sensibilidad para detectar esta presencia. Sólo los creyentes descubren al Resucitado. ¿Nos hemos dado cuenta de que está entre nosotros?

El evangelio, común a los tres ciclos, nos enseña que nuestra fe es de un orden distinto al del conocimiento sensible. No se apoya en evidencias ni demostraciones ("dichosos los que crean sin haber visto"). Pero debe ella misma manifestarse en obras y prestarse a la comprobación. Así actúa la primera comunidad. La descripción de los Hechos tiene, sin embargo, un carácter de ideal (no todos serán fieles a esa intercomunicación de bienes y la unidad se verá turbada por discrepancias). No debemos, pues, desanimarnos por los inevitables fallos. Nuestra fe, como nuestro amor, son necesariamente imperfectos. Pero debemos saber que es en ese amor, y sólo en él, donde se manifestara esa fe.